

Reencontrar a María en el pueblo

Víctor Codina

- * La devoción mariana pasó por un período de hibernación, del que ahora comienza a despertar; es recuperada tanto por movimientos de tipo espiritualista como por la teología y espiritualidad de la liberación.**
- * Teólogos, liturgistas y pastoralistas comienzan a tomar en serio la religiosidad popular, el pueblo evangeliza a sus evangelizadores oficiales**
- * Paralelamente a la vuelta al Jesús histórico, hay que volver a la María de la historia: mujer del pueblo, campesina, aldeana de una desconocida colonia romana, esposa de un pobre carpintero, con acento galileo, madre de Jesús, sencilla madre de familia obrera, que conoció las dificultades de cada día, la oscuridad de la fe ante el misterio de Jesús, hijo suyo e Hijo de Dios, que sufrió la soledad, la espada de dolor en la cruz, experimentó la alegría de la Pascua y del parto eclesial de Pentecostés.**
- * Reencontrar a María en el pueblo es resituarse a María en clave liberadora, que es la más histórica, la más bíblica y tradicional, la más profética y evangélica, la más cristológica, la más cercana a la Iglesia de los pobres, la más abierta al Espíritu de Jesús de Nazaret.**

I. UNA DIFÍCIL COYUNTURA MARIANA

El Vaticano II corrigió una serie de abusos de la Mariología tradicional, excesivamente maximalista y apologética, y enraizó la piedad mariana en la Biblia y la liturgia de la Iglesia. Abandonando la Mariología de privilegios, situó a María en el ministerio de salvación, en conexión con Cristo, el Espíritu y la Iglesia. El hecho de ubicar a María dentro de la Constitución dogmática de la Iglesia (Cap VIII de Lumen Gentium), es ya significativo: María es considerada como miembro preeminente del Pueblo de Dios, tipo y modelo de la Iglesia.

Los teólogos centro europeos de los años del Concilio, preocupados por entablar un diálogo ecuménico, vieron a María como la totalmente redimida (K. Rahner), prototipo de la Iglesia (O. Semmelroth), la síntesis entre Biblia y Tradición (J. Ratzinger), la que participa en mayor grado de la humanidad de Cristo (A. Müller), el símbolo de que Dios actúa a través de mediaciones (Y. Congar)... Y aunque el mismo Concilio exhortó a estimar en mucho las prácticas y ejercicios de piedad marianos recomendados por el magisterio (LG 67), en realidad estas prácticas decayeron en el Postconcilio y la devoción mariana pasó por un período de hibernación, del que ahora comienza a despertar.

Ya en 1974, Pablo VI, un tanto alarmado, creyó necesario en *Mariæ cultus* reafirmar las directrices conciliares, pero al mismo tiempo valorar la devoción popular a María, siempre dentro de los cauces propuestos por el Concilio.

Actualmente asistimos a un cierto renacimiento mariano. Señalemos a nivel oficial, la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris mater* (1987) y la proclamación por el mismo Papa del año mariano; a nivel popular hay un retorno a santuarios y devociones marianas; a nivel teológico y espiritual, ha aumentado notablemente la bibliografía mariana. María es recuperada tanto por movimientos de tipo espiritualista como por la teología y espiritualidad de la liberación.

Esta situación provoca una serie de interrogantes: ¿por qué se eclipsó la devo-

ción mariana después del Concilio?, ¿por qué aflora ahora de nuevo?, ¿cómo calificar este resurgimiento?, ¿cómo resituarse a María en la espiritualidad cristiana de hoy?

II. EL DESCONCIERTO DEL PUEBLO CRISTIANO

Comencemos para explicar lo sucedido en el Concilio y en los primeros años del Postconcilio.

La perspectiva dominante en el Vaticano II fue la del diálogo con el mundo moderno, ilustrado, secular, históricamente ligado al surgimiento de la Reforma. Obispos y teólogos protagonistas del Vaticano II fueron centroeuropeos, del Primer mundo. El mismo diálogo ecuménico se dio prioritariamente con el mundo protestante, y sólo en un lugar secundario con el mundo de la Ortodoxia oriental.

Todo esto tendrá consecuencias mariológicas: la Mariología se centra excesivamente en la Palabra, dejando a segundo plano las dimensiones más simbólicas y minusvalorando, prácticamente, las devociones no litúrgicas (SC 13; 17; 26, 98, 105). En el Postconcilio, la teología irá todavía más allá: H. Kung en su eclesiología (La Iglesia) no menciona la figura de María; exégetas pondrán interrogantes sobre la virginidad de María; y en general, los dogmas tienden a ser interpretados de forma simbólica (E.A. Honson). A nivel pastoral desaparecen imágenes de María, aumenta el silencio homilético y catequético sobre María y sus devociones. Se habla mucho de la fe, y se critica la religiosidad.

El pueblo quedó desconcertado: se le arrinconaban sus imágenes, se le criticaban sus devociones y comenzó a escuchar, en cambio, un lenguaje mariano nuevo e ininteligible, sumamente abstracto: símbolo de la Iglesia, perfecta redimida, modelo de mediaciones, lugar escatológico y asintótico de la gracia.

Tras el desconcierto inicial lentamente el pueblo cristiano retoma la devoción mariana, vuelve a sus imágenes, devociones, santuarios, peregrina de nuevo. Nadie sabe cómo ha sido, como cuando viene la primavera... Teólogos, liturgistas y

pastoralistas comienzan a tomar en serio la religiosidad popular, el pueblo evangeliza a sus evangelizadores oficiales; los pobres descubren los misterios del Reino, a veces dejados en la penumbra por algunos de sus dirigentes; los laicos asumen la iniciativa, y no se resignan a la pasividad a la que les condena el clero...

Pero lo sucedido en el Postconcilio sobre María no es una novedad. Tiene una larga historia...

III. LAS LECCIONES DE LA HISTORIA

Podríamos formular esta larga historia de forma sintética: siempre que la teología oficial se aparta del pueblo, éste, movido por su instinto de fe (LG 12), se constituye en lugar teológico privilegiado y de forma connatural y profética recupera, a veces con ambigüedades, la parte de la verdad que había sido olvidada. Esto en el caso de la Mariología es evidente.

Cuando, a partir del primer milenio (s. XI), la Iglesia se vuelve autoritaria y clerical, la teología se va separando de la espiritualidad, se pasa del símbolo a la dialéctica, el pueblo no entiende la liturgia latina, la imagen de Dios se convierte en el "Rex tremendae majestatis", y no hay nadie que pueda socorrer la miseria, el miedo y el abandono que sufre la mayoría popular empobrecida y angustiada, surge con fuerza la figura materna y misericordiosa de María, la dolorosa, la abogada de los pobres y desamparados. Aparecen santuarios marianos, leyendas de apariciones, los misterios de la vida de María se dramatizan en los atrios de las catedrales; nace el Angelus y el Rosario, se canta el Stabat Mater dolorosa y los que están "gimiendo y llorando en este valle de lágrimas" rezan la Salve a María, pidiéndole vuelva al pueblo sus ojos tan misericor-



diosos...

Cuando los conquistadores de América guerrean y matan, muchas veces enarbolando el estándar de la Conquistadora, María en México se aparece al indio Juan Diego en el Tepeyac, y manda se le construya allí un templo, donde ella pueda escuchar los clamores de sus hijos más oprimidos.

Cuando la figura de María se convierte en apologética contra protestantes, racionalistas y modernistas, y las mismas definiciones dogmáticas responden a una imagen de Iglesia segura y firme como acies ordinata, el pueblo prefiere acudir a santuarios marianos, en busca de salud y perdón, más que utilizar a María como arma de ataque o defensa dogmática.

Y cuando el Vaticano II se olvida del pueblo para dirigirse a los sectores más desarrollados y modernos, éste recupera su piedad mariana y peregrina de nuevo a los santuarios.

Esta fe popular, ciertamente, no está exenta de ambigüedades. A veces se acude

a María en busca de falsas seguridades, esperando milagros, con fanatismo supersticioso, sin estar dispuestos a poner la colaboración que Dios exige. Otras veces la devoción mariana es manipulada por intereses económicos (consumo, mercantilismo...), políticos (defensa del orden establecido, contra los cambios sociales...) machistas (María sería la perfecta imagen de la mujer sumisa y callada), nacionalistas (una Patrona que lucha contra otra...). A veces la piedad mariana se vuelve alienante y María se convierte ambigüamente en Reina, Señora, Dama, Mujer ideal. Por esto todo rebrote mariano necesita discernimiento y confrontación con la Palabra y la auténtica tradición eclesial.

También esta primavera mariana puede ser alienante o liberadora.

IV. CLAVES PARA RESITUAR A MARIA EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA ACTUAL

Habría que comenzar por asumir todas las directrices del Vaticano II y documentos del magisterio postconciliar: vuelta a las fuentes de la fe y de la genuina tradición eclesial. Pero todo esto, por necesario que sea, es insuficiente. Hay que añadir la preocupación de un acercamiento a la fe del pueblo, devolver María al pueblo, o mejor, reencontrar a María en el Pueblo. Se trata de superar el divorcio actual entre una Mariología oficial dogmática, pero poco popular y poco inspiradora espiritualmente, y una espiritualidad popular, tal vez un tanto alejada de la fe oficial de la Iglesia. El pueblo cristiano que en Efeso aplaudió la definición dogmática de María como Theotokos, Madre de Dios, hoy se siente frío ante muchas afirmaciones oficiales marianas, y busca por otros caminos alimentar su fe y su espiritualidad.

¿Qué implica más concretamente este reencontrar a María en el pueblo, ayudándole también a que su fe se profundice más? ¿Qué líneas habría que potenciar en la espiritualidad mariana hoy?

1ª. María de Nazaret

Paralelamente a la vuelta al Jesús histórico, hay que volver a la María de la historia. Así como no podemos quedarnos en el Kyrios Pascual, olvidando al Jesús de Nazaret ("el Resucitado es el Crucificado"), tampoco podemos fijarnos tanto en la Reina de Cielos y Tierra que descuidemos a María de Nazaret: mujer del pueblo, campesina, aldeana de una desconocida colonia romana, esposa de un pobre carpintero, con acento galileo, madre de Jesús, sencilla madre de familia obrera, que conoció las dificultades de cada día, la oscuridad de la fe ante el misterio de Jesús, hijo suyo e Hijo de Dios, que sufrió la soledad, la espada de dolor en la cruz, experimentó la alegría de la Pascua y del parto eclesial de Pentecostés. Peregrina de la fe, primera cristiana, seguidora de Jesús, cooperadora en la tarea de encarnar al Hijo, mujer creyente con la fe de Israel, pobre de Yahvé, hija de Sión, abierta a Dios y a los hombres. La Asunta al cielo es la pobre aldeana de Nazaret y viceversa.

2ª. Rostro Materno de Dios

María es sacramento de la misericordia de Dios, "un gran signo de rostro maternal de la cercanía del Padre y de Cristo" (Puebla 282), "presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios" (Puebla 291). Frente a un Dios experimentado por muchos como lejano, terrible, castigador, juez severo, María encarna las entrañas misericordiosas de Dios, su ternura infinita, su compasión, su bondad de corazón. Es la "Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra". Ella escucha el clamor del pueblo, porque ella es del pueblo. Se compadece porque ella sabe lo que es sufrimiento, soledad, dolor, opresión, cautiverio. Experta en dolores, comprende el clamor del pueblo, del pueblo pobre, de las mujeres, de los niños, de los explotados, de los ancianos, de los sin remedio. Los que tienen sus necesidades vitales básicas cubiertas, tal vez no necesiten esta Madre de misericordia, pero el pueblo pobre no sabe a quién acudir, necesita ir a María. María personifica, por esto mismo, la opción de Dios por los pobres, su ternura ante los abandonados, su compasión

por los que lloran (Puebla 1142).

3ª. Liberadora

María no vive una fe alienante; es la mujer comprometida que busca el bien del pueblo, su liberación, el Reino de Dios, el de Jesús (Puebla 297). Es la Mujer Magnífica, la que canta que Dios derriba del trono a los poderosos y exalta a los pobres. Es la Mujer de las bienaventuranzas, la profetisa que denuncia el pecado y la corrupción, la madre del ajusticiado injustamente, que se indigna ante la opresión de los pobres. No es pasiva ni fatalista; es Mujer fuerte y esperanzada, solidaria, alentadora de todas las causas justas, redentora, de todas las cautividades. No es una Reina neutral, no es una mujer de la alta burguesía, no es una ilustre diplomática que va sonriendo de reunión en reunión, no es la intelectual racionalista y escéptica de salón, no es una mujer que busca que la ambigüedad y la falsa prudencia. Es la heredera de los profetas, la precursora de los mártires, la que mantiene la memoria subversiva de Jesús y la memoria de todos los ajusticiados y muertos injustos y prematuramente en la historia. Ella "proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres" (Puebla 1143).

4ª. Mujer Nueva

La imagen del Apocalipsis (Apoc. 12) de la mujer que vence al dragón, es de gran actualidad para el pueblo. Tanta pobreza, tanta injusticia, tanta dependencia, tanto dolor. ¿tienen solución? María personifica el triunfo de la vida sobre la muerte, de la justicia sobre la injusticia, del bien sobre el mal. Ni la muerte ni la corrupción tienen la última palabra. Los Imperios basados en la mentira y la ambición caerán, como la Babilonia bíblica. Hay esperanza, hay futuro, hay Utopía. Todo cuanto se haga en este sentido no desaparecerá, dará fruto. Vale la pena cambiar la historia porque la historia es de Dios. Y el Dios de la vida es capaz de hacer triunfar a los pobres y débiles, las estériles. La virginidad, tan temida por los desarrollistas y racionalistas de turno, es el símbolo de esta victoria de Dios desde la pobreza y desde los pobres. Para Dios nada hay imposible. La Asunción de María es la señal de esta victoria final. Toda la vida de María está bajo la fuerza del Espíritu, el que también actúa hoy en los pobres y débiles, en los sin nombre y sin rostro. Por esto no es casual

que mientras en los países opulentos muchos sean críticos y escépticos ante María, los pobres de la tierra acuden a ella con esperanza, la única que les ofrece la plenitud de la Vida, Jesús, el fruto de sus entrañas.

3ª. Símbolos y geografía

Toda esta perspectiva mariológica no debe quedar en hermosas palabras. Exige concreción. El pueblo necesita imágenes de María, María de carne y hueso, con el Niño en sus brazos, con el Crucificado en su regazo materno, Vírgenes que ríen o lloren, Vírgenes a las que rezar, tocar, besar, poner flores y velas, vestir con mantos, imágenes a las que llevar en hombros, santuarios a los que peregrinar. María exige localización, una geografía de la fe, como insinúa Juan Pablo II en *Redemptoris Mater* (28). El pueblo necesita la Virgen de su región, de su lugar, su templo, su ermita, enraizada en su cultura y su lengua, con sus cantos, su tierra, su paisaje, sus flores, su clima, con sus nombres diferentes: Montserrat, Guadalupe, Pilar, Luján, Copacabana, Covadonga, Chiquinquirá, Lourdes, Macarena... Mariología simbólica y local, que corresponde a la encarnación de la fe y a una eclesiología local. Evidentemente siempre a la luz de la palabra, del evangelio, de la tradición y liturgia universal, siempre reasumiendo lo mejor del pasado, abiertos al futuro del pueblo.

V. CONCLUSION

La clave mariológica moderna es insuficiente, pero esto no debe servir para volver a un pasado conservador, sino para avanzar un futuro solidario y liberador. El resurgir mariológico actual es ambiguo y tanto puede llevar a una involución restauracionista como a una perspectiva liberadora. Reencontrar a María en el pueblo es resituarse a María en clave liberadora, que es la más histórica, la más bíblica y tradicional, la más profética y evangélica, la más cristológica, la más cercana a la Iglesia de los pobres, la más abierta al Espíritu de Jesús de Nazaret.

Pablo VI en *Marialis cultus* nos exhorta a renovar las devociones marianas, descubriendo las inadecuaciones socioculturales y antropológicas de muchas de ellas y a incorporar los nuevos datos doctrinales y culturales del presente (MC 24-39). Resituarse a María en el pueblo, reencontrarla en medio del pueblo, nos parece ser una de las tareas más urgentes de la espiritualidad mariana de hoy.